

Prólogo

Vivimos tiempos revueltos en los que parece casi nada es estable, duradero, firme... Una sensación vertiginosa invade nuestras vidas de cada día y un ritmo tal podría hacernos perder de vista algunas cosas importantes, esas en las que de verdad nos va la vida. Los cimientos nunca están al alcance de nuestros ojos, incluso habrá quien piense que bajo lo que aparece no hay nada, pero no es así.

Las palabras importan. Pensar hoy una *Estética del cuidado* supone poner a la persona en el centro, exige reflexionar sobre la dignidad humana en profundidad, requiere considerar detenidamente qué sea, de verdad, la calidad de vida. Se abre ante nuestra mirada todo un escenario en el que se produce un encuentro entre personas, un espacio en el que la belleza nos va a permitir descubrir lo mejor de la condición humana.

En estos momentos en los que la frivolidad se apodera de tantas esferas de nuestra existencia es más relevante que nunca pararse y pensar, detenerse y saborear, tomar aire y coger ánimo para poder afrontar los retos que aparecen a cada instante. Los seres humanos no somos ingenios mecánicos con obsolescencia programada, ni siquiera somos objetos destinados a funcionar invariablemente en

virtud de determinados estímulos. No. Somos personas, de carne y hueso, de materia y espíritu, de cuerpo y alma... Más allá de nuestras necesidades fisiológicas, más acá de nuestras capacidades intelectuales, algo que caracteriza nuestra naturaleza humana es esa condición de ser seres esencialmente relacionales.

Un ser humano nunca es un ser humano a secas; ni a secas ni a solas. Siempre somos seres que hemos recibido nuestra existencia gracias a otros; que nos desarrollamos en contacto con otros; que encontramos la plenitud de nuestra vida siendo para otros. Ser por otros, ser con otros, ser para otros. Ése es nuestro modo de ser, ésa es la verdad sobre lo que somos, eso es lo que nos permite llegar a ser lo que estamos llamados a ser.

Así pues, el cuidado propio y de los que nos rodean no es una mera opción instrumental, ni una mera habilidad ejecutiva, sino una forma de estar en el mundo: la forma más cualificada de ser un ser humano. Justamente por eso el cuidado no es sólo una capacidad entre otras, sino aquella en la que nuestro modo de ser, nuestro 'ethos' llega a su realización total, porque es una necesidad. El cuidado no es un extra añadido a una configuración básica, como quien elige los componentes con los que mejorar la dotación de un vehículo que sale de fábrica con lo imprescindible. Cuidar y ser cuidados es algo que está en nuestro ADN genético, pero también en nuestro ADN ético. Aristóteles lo recuerda en la *Política* cuando señala que sólo las bestias o los dioses no necesitan de nadie.

Hablar de *estética del cuidado* es caer en la cuenta de que en nuestro modo de ser estructuralmente material y moral sólo puede desplegarse si atendemos a la totalidad de dimensiones que nos constituyen. Sin células no habría cuerpo, y sin órganos nuestro cuerpo no funcionaría y si nuestro cuerpo no funcionara no habría vida alguna. De eso no hay duda. Sin capacidad para discernir el bien del mal no habría valores ni habría actos orientados a un fin

adecuado para que nuestra vida fuera lograda. Pues del mismo modo, sin una cierta forma de configurar nuestra sensibilidad, sin un cierto modo de ser sensibles a la hermosura, si no tuviésemos la posibilidad de acoger, producir y disfrutar de la belleza, no seríamos seres humanos. Aún más, cada vez que nos olvidamos de la belleza nos estamos alejando de nuestra propia naturaleza, se nos está desvaneciendo el horizonte, estamos perdiendo aquello que nos permite construir con sentido una vida buena.

La existencia humana es mucho más que fisiología, es mucho más que tecnología, es mucho más que una mera amalgama de factores que confluyen azarosamente en un espacio y en un tiempo. La vida de las personas, de cada persona, también la tuya y la mía, es un don. Nadie es propietario de un don, sino receptor. De ahí que lo principal sea recibirlo y cuidarlo. Los demás también son un don; y cada uno de nosotros es un don para los demás. Entre personas lo relevante no es la contigüidad, lo importante no es la mera proximidad física, sino la presencia, una Presencia Intencional. Esa Presencia Intencional es un saber que estamos ahí para algo más que para satisfacer nuestras propias necesidades; es un hacer que consiste en un querer acompañar, atender y servir a quien requiera compañía y atenciones, con la conciencia cierta de que en ese querer hacer, en el fondo, nos estamos realizando como personas.

La enfermedad, la fragilidad, el miedo, el sufrimiento, el dolor o la muerte no sólo cambian nuestra forma de estar en el mundo, sino que pueden reorientar nuestra vida de cada día. La belleza también sabe de debilidad, también está presente en el sufrimiento y es ahí, justamente, donde se revela como una vía de esperanza, como una bocanada de aire puro capaz de hacernos acoger, aceptar y superar aquellas cosas que nos sobrepasan. La *estética del cuidado* nos recuerda la necesidad de la belleza en la vida del ser humano, nos descubre que la hermosura, especialmente la de las

relaciones humanas, dota de sentido y libera del absurdo buena parte de nuestros comportamientos.

La hermosura de la vida no está siempre al alcance de nuestros ojos, por eso hemos de aprender a mirar, hemos de poner empeño en descubrir detalles minúsculos que nos permitan llenar de cariño y de alegría nuestras acciones, porque así serán mucho más que meros gestos agradables, y se convertirán en actos buenos, hermosos. Esta *estética del cuidado* es una ética de la *acción valiosa* que se ejerce por connaturalidad con nuestros semejantes. Con esas acciones no sólo ejecutamos actos externos, sino que contribuimos a nuestro propio desarrollo como seres humanos, haciendo de nuestra vida y de la de todos los que nos rodean una obra de arte. La verdadera belleza es profunda, atenta, delicada, una prueba resplandeciente del valor de la persona, de cada persona; una huella indeleble de la dignidad humana que, siempre y en todo momento, hemos de cuidar.